

REVISTA PRESENCIA



Colegio Stella Maris
Christian Brothers



Colegio Stella Maris <http://www.stellamaris.edu.uy/>
Montevideo – Uruguay
Año 2022

Revista digital académica arbitrada.
Presencia. Miradas desde y hacia la educación.
Número 7

Reseña bibliográfica:

Analía Marín¹

“**Enseñar distinto. Guía para innovar sin perderse en el camino**”, Melina Furman, Siglo XXI Editores, 2021, 3^{ra}. edición

La obra forma parte de la colección *Educación que aprende*, dirigida por la propia Melina Furman, bióloga (UBA) y doctora en Educación (Columbia University) quien se ha convertido en una figura reconocida en el mundo de la educación a partir de una extensa labor como docente, investigadora y colaboradora de múltiples organizaciones e instituciones educativas en diferentes niveles (PLaNEA-Unicef, CONICET). Actualmente se desempeña como investigadora del CONICET y profesora de la Escuela de Educación de la Universidad de San Andrés.

“Enseñar distinto” se organiza en torno a diez capítulos en donde la autora va describiendo, analizando y planteando opciones innovadoras sobre los distintos momentos de la labor educativa. Como su subtítulo anuncia, nos encontramos con un formato de guía que, con una bibliografía variada y solvente, así como una reflexión en torno a la experiencia personal y de otros docentes, va buscando construir un camino

¹ Profesora de literatura por el Instituto de Profesores Artigas. Magíster en Educación por la Universidad Católica del Uruguay. Correo electrónico: amarin@stellamaris.edu.uy

para convencer al docente de la necesidad de aspirar a lo que conceptualmente es el punto central de la obra: el aprendizaje profundo.

El tono de la escritura es esperanzador y su objetivo es demostrar la necesidad de producir cambios en la tarea educativa apuntando al ámbito que involucra especialmente al docente y su práctica. La autora utiliza ejemplos concretos y ofrece constantemente propuestas también muy concretas, que involucran los distintos niveles de la educación, desde la educación inicial hasta el trabajo educativo universitario.

En el primer capítulo, Furman nos propone pensar en el futuro y en cuáles son las habilidades requeridas de nuestros alumnos. La idea es mostrar “las razones por las cuales innovar en educación hoy es prioritario” (Furman, 2021 , p. 19).

En el segundo capítulo se presenta, a través de ejemplos y recurriendo constantemente a diferentes investigaciones que lo demuestran, (esto es una constante a lo largo del libro) la oposición conceptual central que organiza y nuclea la obra: el aprendizaje profundo y su “gran archienemigo: el conocimiento inerte” (p. 19). Esta “visión” le permite introducir, en el capítulo 3, la herramienta de los “círculos de comprensión” la cual plantea como posibilidad, frente a la necesidad, de priorizar contenidos, jerarquizar, luego de marcar la “importancia del desarrollo de capacidades (...) en el marco de la formación para una ciudadanía plena en el siglo XXI” (p.19).

El capítulo cuarto, se desarrolla sobre el tema de la motivación y en particular la motivación intrínseca y cómo esto se conecta, en cierta forma, con el posicionarse a los estudiantes en un rol protagónico identificando también aquello que “tengo que proponerles hacer antes” para lograr que los alumnos aprendan lo que el docente aspira (capítulo quinto).

En el sexto capítulo aparece, a partir de señalar el papel importante de las preguntas en el desarrollo del proceso de enseñanza, la propuesta del aprendizaje basado en proyectos como metodología inspirada en “el rol de las preguntas como grandes aliadas de la enseñanza” (p. 20).

El séptimo capítulo propone distintas actividades que tienen como objetivo generar una “cultura de pensamiento” en las clases y abre el camino a uno de las secciones más importantes del libro la cual versa en torno a la “capacidad de monitoreo mental que les va a ayudar a construir autonomía” a los estudiantes: la metacognición, y sobre la cual profundizaremos más adelante.

Este tema se desarrolla en el octavo capítulo, donde se propone “una diversidad de actividades para lograr este fin trabajando en tres etapas: el antes, el durante y el

después del aprendizaje” (p.21).

Los capítulos nueve y diez exploran el tema de la evaluación, haciendo énfasis en la evaluación formativa y la evaluación auténtica, así como en la importancia o “secreto de un buen feedback como gran aliado de nuestra tarea docente” (p.21).

En primer lugar hay que señalar que la lectura de este texto es muy amigable, el lenguaje, los ejemplos, el diseño van invitando al lector a que, sin sentirse abrumado por la teoría, pueda ir incorporando el conocimiento fundamentado en la experiencia que en cada capítulo se presenta. Cada sección del libro se organiza en torno a herramientas o ejercicios para el lector. Ya sea a través de preguntas que apunten a la reflexión o anotaciones concretas que el lector deba ir realizando, se consigue involucrar a este en la lectura y al mismo tiempo lograr unir cada tema trabajado con la experiencia personal y profesional del lector-docente. Es un libro para docentes, y su objetivo claramente es ofrecerle instancias de reflexión y de proyección de la teoría hacia la práctica. Pensando también en esto, hay que destacar la inclusión de aportes de diferentes docentes (casi en su totalidad argentinos) de los distintos niveles. Recordemos que el libro apunta desde los inicios de la primaria hasta niveles universitarios. Los aportes de los docentes aparecen como ejemplos de la realización de las posibilidades con que Furman presenta aportes teóricos sobre todo, como ya se señaló, en torno a la oposición aprendizaje profundo/ conocimiento inerte.

El recorrido que Furman plantea se desarrolla a partir de un ejercicio de imaginación, preguntando cómo queremos que nuestros estudiantes sean en el futuro. Frente a esta pregunta, según la autora, se evidencia una distancia entre ese futuro y el presente de nuestra educación. Parte de la solución que se plantea tiene que ver con hacer visible lo interesante de estudiar, conectando el aprendizaje con el proyecto de vida de los estudiantes. En consciente Furman de que modificar este panorama educativo implica dimensiones que escapan a la posibilidad del docente, pero señala que podemos abocarnos a lo ella llama “nuestro metro cuadrado de incidencia”. Ese espacio que se vio exigido durante la pandemia y que nos enfrentó a la obligación de ensayar respuestas incluso cuando no entendíamos del todo las preguntas. Para Furman ese inesperado contexto de crisis nos permitió “dar un salto hacia adelante” (pág. 46), y nos dejó experiencias de las que conviene también aprender, ya sea la revisión y jerarquización de contenidos, la incorporación de tecnologías digitales, colaboración profunda entre colegas y con las familias, revisión en algunos casos de la evaluación,

entre otros elementos. Y sobre esta evidencia, Furman plantea que no es su intención denostar toda nuestra práctica, sino reconocer cuáles son las prácticas que deben potenciarse y sobre cuáles actuar. Pero esto no implica dejar por fuera un horizonte de cambios más profundos: “Este libro tiene la mirada puesta en la posibilidad de construir desde lo que hay pero en dirección a cambios estructurales indispensables”(pág. 47).

El marco teórico tiene como punto central el concepto de aprendizaje profundo y de cómo este se opone al conocimiento inerte que, según la autora, es la consecuencia (sin quererlo) de nuestras prácticas docentes. Es más, Furman plantea que el aprendizaje profundo es la gran meta que el libro/guía propone. Lo define como la capacidad de actuar con el conocimiento de manera flexible (pág.53), utilizando lo que sabemos en otro contexto. El conocimiento inerte, por el contrario, es definido como ese conocimiento que nos permite reconocer vagamente la existencia de algo, pero que es consecuencia de habernos acostumbramos a que aprender es entender parcialmente algo, y así repetir cosas que no tienen sentido. Habla así de la mera transmisión de información que no logra motivar al estudiante. Igualmente, y teniendo en cuenta aquella idea de que no todo lo que hacemos debe destruirse, Furman plantea que muchas veces es cuestión de equilibrar la balanza, aumentando el porcentaje de tiempo en el que los alumnos trabajan sobre esa información, ya sea estableciendo relaciones, argumentando, realizando experiencias que acerquen ese conocimiento a su experiencia personal y le da sentido a lo que el docente expuso. Incluir, dicho de otro modo, tareas con alta demanda cognitiva a partir de la exposición. Asociado a esto, se hace necesario una selección de contenidos (“menos es más”) y una definición de habilidades que desarrollar. Planificar, teniendo como meta el aprendizaje profundo implica “cambiar el foco: pasar del qué tengo que dar, a qué quiero que mis alumnos aprendan” (pág.107).

Uno de los momentos más importantes gira en torno a lo que la autora designa como “superpoder” que de ser desarrollado en forma constante y dentro de un marco de coherencia, se convertirá en un aliado para toda la vida de los estudiantes:

Aprender a aprender es tal vez, la mejor llave que podemos ofrecer a nuestros estudiantes para el resto de sus vidas. Porque no importa a qué se dediquen, van a tener que seguir aprendiendo siempre.

En la ciencia del aprendizaje, este superpoder tienen un nombre: metacognición. Se trata de reflexionar sobre nuestro propio proceso de pensamiento con el fin de tomar decisiones para aprender cada vez mejor (pág. 213).

La autora toma el concepto de J. H. Flavell y lo define como aprender cómo aprendemos, conocemos y pensamos pero también desarrollar la capacidad de afectar,

regular dicho proceso para mejorarlo. Este es “evaluar si lo que estamos haciendo da resultado y anticipar qué hacer cuando tengamos alguna dificultad, de manera de buscar alternativas para resolverla” (pág. 214). Furman sostiene con datos, que para la mayoría de los estudiantes este proceso o evaluación de procesos de aprendizaje son un mundo desconocido y que “rara vez se preguntan sobre sus propias estrategias para aprender algo nuevo” (pág. 215). Esto como consecuencia también de que es poco frecuente, según la autora, incluir actividades metacognitivas en nuestras clases. Como docentes (en quienes tampoco se ha trabajado la metacognición, muchas veces) nos centramos en los contenidos de nuestra asignatura sin considerar que “para aprender en profundidad esos contenidos, nuestros alumnos tienen que tomar conciencia de qué aprendieron, cómo se conecta con lo que ya sabían, qué les falta aprender y cómo hicieron para lograrlo” (pág. 218); de ahí que Furman señale que una de las mejores inversiones en educación debería incluir la capacitación docente en esta habilidad. De esta forma se logrará que por lo menos el cuerpo docente comience por “ponerlo en agenda”, incluyendo actividades de metacognición en la planificación de nuestras asignaturas. Es importante la aproximación de la propia experiencia del docente entorno a conocimientos de sus procesos de aprendizaje para que aquella se convierta también en insumo para mostrarle a los estudiantes cómo sus profesores analizan sus propios procesos cuando se ubican como estudiantes.

Estas actividades metacognitivas deben instalarse a lo largo de todo el aprendizaje ya sea como planificación de lo que queremos aprender o como monitoreo a los largo del camino, así como evaluación al final que nos permita identificar qué quedó pendiente respecto a lo planificado. Por ejemplo, implementando actividades que ofrezcan tiempo para comprender y repensar la consigna, incluso definiendo componentes de esta que puedan parecer obvios. Del mismo modo, anticipar a partir de la lectura de la consigna las expectativas que, conociéndome como estudiante, pueden aflorar una vez iniciada la actividad.

Otro ejemplo de actividad metacognitiva pero ya durante el proceso puede ser abordar de manera deliberada en forma grupal el desarrollo del proceso, dando oportunidad de que los estudiantes se conozcan como parte de un grupo que se dirige a cierto fin. Aunque también pueden diseñarse actividades de exploración individual, y reflexión sobre los momentos que, durante el aprendizaje, el estudiante sí sintió trabado. Ayudarlo a reconocer ese momento, a indagar en el por qué y evaluar de qué forma superó o pensó superar el escollo. Lo mismo una vez finalizado todo el trabajo,

preguntarnos si hemos alcanzado los objetivos, qué estrategia funcionó, cuáles no, cómo identificar situaciones en que pueda volver a aplicar las que fueron exitosas, qué modificaríamos del camino realizado, etc.

A partir de este planteo de la oportunidad que implica como innovación educativa trabajar la metacognición, el capítulo se cierra con múltiples ejemplos y actividades para distintos niveles que permiten aplicar lo antes expuesto. Cada lector encontrará allí elementos que puedan servirle de una u otra forma para trabajar la metacognición en sus cursos.

Como conclusión, nos encontramos con una variada recopilación de aspectos innovadores de la investigación educativa actual sustentados por una experiencia y reflexión continua. Quizás la sensación que algunos lectores puedan sentir respecto a no encontrar algo realmente “nuevo” tiene que ver con el carácter de guía que la autora le da a la organización del libro y que se vislumbra claramente en la organización en torno a múltiples ejemplos e ideas concretas para aplicar. Su objetivo no es ofrecer teoría nueva, sino colaborar con el docente sistematizando y sobre todo “bajando a tierra” muchos de los conceptos e ideas últimos que pueden resultar lejanos a la práctica cotidiana. Será difícil que nadie obtenga algo concreto, aplicable y probablemente exitoso que enriquezca su práctica educativa, y que sin duda le abra las puertas a conocer nuevos aportes y por qué no, elaborar otros.